

Míreme a los ojos, doctor.

Su padre se está muriendo. Lo hablamos, intentamos que él supiera lo menos posible. Ahora ¿qué le voy a hacer? Si quiere usted, yo voy, pero tengo la consulta llena y desgraciadamente por su padre no puedo hacer nada ya.

Míreme a los ojos. Les pusieron los ordenadores y desde entonces me miró menos. Un día le pregunté a una señora que esperaba conmigo si usted le miraba a los ojos, pero la señora no me entendió; vengo porque quiero una receta nueva, dijo. A mí usted me gusta. Confío en usted. Ha estudiado, ha pasado noches en vela estudiando y se ha ganado estar ahí, con esa bata blanca, con el letrero de doctor. Un día me atreví a preguntarle qué edad tenía. Claro, no debí; me contestó que el protagonista era yo y que su edad no importaba. Pero yo quería calcular si le doblaba la edad. Quería saber algo de usted. Seguro que usted me llevaría hasta el final de la mejor manera que supiera. Yo le quería a usted y no a otro. ¿No cambiarán los cupos, verdad? ¿Qué?, me preguntó. No, nada.

Su padre siempre ha sido un enfermo curioso. Me preguntaba cosas y me descolocaba. Sí, parecía no tener nunca ganas de hablar de sus achaques.

Una pastilla más o menos qué va a hacer, doctor. Y usted me miraba con esa cara grande y con barba de tres días, y las gafas finas que cambiaba cada dos o tres años. Míreme doctor, le dije aquel día. Y usted me contestó con otra pregunta, ¿qué quiere que le mire? Nada. No. A mí. Ya le veo, hombre, y veo en la pantalla sus análisis que me dicen más que usted, siempre tan callado.

Entiendo lo que me dice, pero su padre tiene estertores, es normal en la agonía, es un síntoma más de la fase en que está y poco se puede hacer. Tenemos mecanismos de defensa que hacen que perdamos la conciencia y sufrimos menos llegada la hora. La muerte es así, la de su padre y la de todos. No, no se enfade, entiendo que a usted le preocupa su padre, pero no hay morfina que evite la muerte.

Míreme a los ojos, doctor. No quiero sufrir, sabe, no quiero sufrir cuando llegue el momento. Calla, hija, nunca hablo pero hoy quiero hacerlo. Míreme por una vez a los ojos, dentro, doctor, alívieme la muerte, son muchos años que nos conocemos, usted ya no es el muchacho que llegó a este pueblo. Me conoce un poco, lo que usted ha querido conocerme, le hubiera contado mis cosas, de joven, en aquellas colinas en la guerra, pero nunca pude entretenerle tanto. Ahora le pido: alívieme cuando llegue, y no aparte la mirada.

Bien. Esta es su casa. No la conocía. Dónde está el paciente. Sí, le oigo. Los estertores, sí. ¿Qué tal está? ¿Le duele algo? Mire, sonrío...¿ve cómo está tranquilo?

Me está mirando doctor, al final me mira. Qué mayor está usted ya. No puedo contestarle, pero sí me duele. Me duele dentro. Me duele la oscuridad. Sí, míreme